

Daniel Alarcón

El presidente idiota

Cuando salí del conservatorio, trabajé durante dos meses con un grupo de teatro llamado Diciembre. Se trataba de una compañía bien establecida que se había fundado en los agitados años de la guerra, durante los cuales se hicieron célebres tanto por sus descaradas incursiones en la zona de conflicto para llevar el teatro al pueblo como por los maratonianos espectáculos diarios que representaban en la ciudad: revisiones *pop* de García Lorca o lecturas estentóreas de culebrones brasileños, siempre con un sesgo político, a veces sutil, a menudo obvio. Cualquier cosa para mantener a la gente despierta y risueña durante lo que de otra manera serían las oscuras y solitarias horas del toque de queda. Esos espectáculos fueron una leyenda entre los estudiantes de teatro de mi generación y muchos de mis compañeros de clase afirmaban haber acudido a alguna de las representaciones siendo niños. Contaban que sus padres los habían llevado, que habían sido testigos de inefables actos de depravación, una impía amalgama de recital e insurrección, sexo y barbarie; que, aún años después, ese recuerdo les perturbaba, les hería o incluso les inspiraba. Todos mentían. De hecho, estudiábamos para mentir. Han pasado nueve años desde que me gradué y supongo que hoy los estudiantes del conservatorio hablan de otras cosas. Son además demasiado jóvenes para recordar lo rutinario que era el miedo durante la guerra. Quizá les cueste imaginar un tiempo en que el teatro se improvisaba en respuesta a titulares pavorosos, un tiempo en que apenas hacía falta interpretar para declamar un renglón de diálogo con terror escalofriante. Pero entonces llegaron los narcóticos efectos de la paz y ciertamente nadie deseaba volver atrás.

Los ocasionales, a menudo en casas privadas a las que el público asistía sólo por invitación. Paradójicamente, aun siendo entonces relativamente

seguro salir de la ciudad, muy raramente viajaban al interior, de modo que cuando en cierta ocasión se anunció una gira, yo acudí lleno de entusiasmo. Era una oportunidad única y, para mi sorpresa, obtuve el papel. Sólo íbamos tres: yo, un actor de pelo rizado llamado Henry y un hombre chaparro y de piel oscura que se presentó como Patalarga y nunca se molestó en revelar su verdadero nombre. Ellos estaban emparentados, en cierto sentido: en algún momento de un pasado distante, Henry se había casado con una prima segunda de Patalarga, para divorciarse luego; ésta era una mujer llamada Tania a la que ambos se referían con esa especie de respeto callado de que hacen gala los campesinos al hablar del tiempo. Los dos hombres habían sido amigos durante mucho tiempo, más del que yo llevaba vivo, y me alegró que me aceptaran en su compañía. Imaginé que sería una buena oportunidad para aprender de dos veteranos.

Henry escribía las obras; en esa gira representaríamos una sutil invectiva titulada *El presidente idiota*. Su contenido político se leía con facilidad y era muy divertida. Analizaba la delicada interacción entre un dirigente estatal arrogante y ególatra y su sirviente. Éste era sustituido a diario, con la idea de que en última instancia todos los ciudadanos del país tuvieran el honor de atender las necesidades de su líder. Éstas incluían ayudarlo a vestirse, peinarlo, leer su correspondencia, etcétera. El presidente era bastante quisquilloso y exigía que todo siguiera peculiares protocolos, de manera que la mayor parte del día lo ocupaba en enseñar al nuevo sirviente cómo debían hacerse las cosas, resultando de todo ello la carcajada. Yo interpretaba a Alejo, el hijo idiota del presidente idiota, un papel hecho a la medida de mi juventud y mis destrezas. Era un patán jactancioso y un mezquino ratero, que no obstante seguía siendo el gran orgullo de su padre, el presidente, a pesar de sus muchas y evidentes carencias. La escena cumbre era un íntimo *vis à vis* entre el sirviente y mi personaje, cuando ya el presidente se había ido a dormir, durante el cual Alejo reconoce que ha sentido a menudo deseos de matar a su padre, pero que no ha tenido el valor de hacerlo. El sirviente se suma a la intriga: a fin de cuentas, vive en un país arruinado y sometido a los desastrosos caprichos de su presidente, quien además lo ha humillado durante un todo un día. El presidente, cuyos poderes parecen infinitos desde la distancia, se revela al sirviente tal y como es, según sugiere el título de la obra. Éste sonsaca a Alejo sus dudas,

y Alejo se abre, aireando sus inquietudes por la libertad, por el imperio de la ley, por el sufrimiento del pueblo. Llegado el punto, el sirviente concede que sí, que se podría hacer algo al respecto. Aunque entrañase riesgos, quizá no fuera tan mala idea. Alejo finge reflexionar sobre ello y acto seguido mata al perplejo sirviente, como castigo a su traición. Levanta en peso el cadáver, limpiándolo antes de cartera, reloj y anillos, y la obra termina con el hijo gritando hacia la habitación donde el presidente duerme.

«¡Otro, papá! ¡Necesitamos otro para mañana!»

Patalarga, Henry y yo dejamos la ciudad a principios de marzo, el día siguiente a mi vigésimo primer cumpleaños. En la costa vivíamos un verano cálido y húmedo. Cogimos un autobús que nos llevaría a la región donde Patalarga había nacido, en la sierra lluviosa, una parte del país que yo no conocía. También en ese momento tuve la seguridad de que no la visitaría una segunda vez. Todo en mi vida por aquel entonces, todas las decisiones que tomaba o dejaba de tomar, se fundamentaba en la idea de que partiría pronto. Esperaba poder reunirme con mi hermano en California antes de que terminara el año: mi visado se estaba ya tramitando, sólo era cuestión de tiempo. Era una forma muy agradable de vivir la vida. Me otorgaba una fuerza íntima que me permitía soportar ciertas vejaciones, seguro como estaba de que todo tenía un carácter temporal. Actuábamos en pequeños pueblos e incluso en aldeas aún menores, dispersas por un lúgubre valle sometido a lluvias densas y heladas como no las había visto. En el cielo se arremolinaban sombríos nubarrones de negro azulado y cuando no llovía, los vientos le atravesaban a uno el cuerpo. En todos los pueblos nos recibían calurosamente, con una ceremonia y solicitud que me parecían encantadoras, y todas las noches el público nos ovacionaba de pie, lo que hacía que todo aquello pareciera merecer la pena. A veces, las aldeas no eran más que un puñado de casas esparcidas por campos de maíz amarillentos. Podrían sumar una docena de paisanos en total, unos pocos campesinos de rostro rubicundo, sus sufridoras esposas e hijos desnutridos, quienes se acercaban a Henry tras la representación y, evitando mirarle a los ojos, le decían respetuosamente: «Gracias, señor Presidente».

El frío estuvo cerca de acabar conmigo. Perdí tres kilos en dos semanas y una noche, tras una representación especialmente enérgica, casi perdí el

conocimiento. Cuando me hube recuperado, nos invitaron a una fiesta en una de las casas de adobe y una sola habitación, a las afueras. Henry y Patalarga estaban nerviosos y bebían más de lo normal, porque ésa era la aldea donde vivía Tania; decían que había asistido a la representación y podría aparecer en cualquier momento. Yo me encontraba demasiado enfermo como para preocuparme por aquello: cada vez que respiraba, tragaba cuchillos afilados y sentía como si la cabeza fuera a separarse del cuerpo y marcharse flotando hacia el nuboso y amenazador cielo andino. Me sentía agitado por dentro, consternado por el miedo, pero todos eran amables hasta el exceso y se preocupaban por darme de comer y emborracharme. El alcohol ayudaba y era agradable dejarse cuidar. Cuando empecé a ponerme azul, el propietario de la casa, un hombre rechoncho de pelo gris llamado Cayetano, me preguntó si quería una chaqueta. Yo asentí entusiasmado y él se levantó y se dirigió al refrigerador. Se quedó plantado ante la puerta abierta, como si estuviera decidiendo qué aperitivo elegir. Yo pensé para mis adentros: «Se está riendo de mí». La fiebre me desvanecía; oía a Henry y Patalarga riéndose por lo bajo. Observé cómo Cayetano abría el cajón de las verduras y sacaba de él un par de calcetines de lana. Me los tiró y, cuando la puerta del refrigerador se abrió un poco más, pude comprobar que lo usaban como armario ropero. Los estantes inferiores seguían en su sitio, pero habían quitado el resto. Había guantes en la bandeja de la mantequilla, y los jerséis y chaquetas colgaban de una vara de madera claveteada a las paredes interiores. Sólo entonces me di cuenta de que dejaban los pocos comestibles sobre la encimera. Con aquel frío, evidentemente, no había peligro de que se echaran a perder.

Los hombres y mujeres de la reunión contaban tristes historias sobre la guerra y se reían de sus propias desgracias de un modo que se me hacía incomprendible. A veces hablaban en quechua, y entonces su risa se hacía mucho más intensa y también mucho más triste, o al menos eso me pareció. Cuando llegó Tania, todo el mundo se puso en pie. Tenía un pelo largo y negro, tejido en una sola trenza, y vestía un chal amarillo y anaranjado que se echaba sobre los hombros. Parecía mayor que yo y más joven que mis colegas, y era menuda, aunque de algún modo daba la impresión de tener mucha fuerza. Recorrió la habitación dando la mano a todos, salvo a Henry, que en su lugar recibió un beso al aire, junto a la oreja derecha.

—¿Sigues actuando —preguntó cuando llegó a mi lugar— o de verdad estás así de enfermo?

No supe qué decir, pero me sentí aliviado cuando alguien gritó «¡Está borracho!». Hubo un clamor en la habitación y todo el mundo se sentó.

Entonces se comenzó a beber en serio y pronto apareció de una esquina una guitarra que pasó de mano en mano, dando varias vueltas al círculo hasta que por fin Tania se quedó con ella. Todo el mundo la aclamó. Rasgueó unos pocos acordes, se aclaró la garganta y dio la bienvenida a los visitantes, agradeciendo nuestra atención. Cantó en quechua con un complicado acompañamiento. Sus dedos no parecían resentir en absoluto el frío. Me volví hacia Henry y le pregunté en voz baja de qué hablaba la canción.

—De amor —susurró sin apartar la mirada de ella.

A medida que avanzaba la noche, me di cuenta de que percibía cada vez con mayor lucidez la belleza de Tania. Henry y Patalarga me observaban mientras yo la observaba a ella, fulminándome con la mirada y sonriéndome alternativamente, en una secuencia imposible de interpretar. Mucho después, cuando yo ya sucumbía al alcohol y al frío, Tania se ofreció para acompañarme hasta el hostel donde estábamos alojados. A esto hubo reacciones de alarma fingida, pero ella hizo oídos sordos. Fuera, en la noche helada, sus ojos brillaban como estrellas negras. El pueblo era pequeño, así que perderse era imposible. Deambulamos borrachos por las calles, envueltos los dos en la manta de Cayetano.

—Cantas muy bien —dije—. ¿De qué hablaba la canción?

—Sólo era una canción antigua.

—Henry dijo que hablaba de amor.

Tenía una risa hermosa: clara y humilde, como la luz de la luna.

—Él no habla quechua —dijo Tania cuando dejó de reír—. Ha acertado de casualidad.

Nos detuvimos en la puerta del hostel. Hice ademán de besarla, pero ella me esquivó y me palmeó la nuca como a un niño pequeño. Nos quedamos ahí un momento, torpemente plantados, hasta que ella sonrió.

—Bebe mucha agua —dijo— y descansa todo lo que puedas.

Y entonces caminé de vuelta a la fiesta.

El dueño del hostel me dio una gran bolsa de agua caliente. Mientras me preparaba para meterme en la cama, solo ya, la sostuve entre las manos como quien sostuviera un corazón humano vivo; el mío, quizá. Intenté repasar lo que el día había traído. Lo que había ocurrido y lo que, para mi disgusto, no había llegado a ocurrir. El frío hacía imposible cualquier razonamiento coherente, así que me tumbé con la bolsa de agua apretada contra la barriga, acurrucándome alrededor de ella como un caracol. Antes de quedarme dormido, me pregunté qué estarían haciendo mis amigos en ese preciso instante. Habían tenido celos de mí y envidiaban mi gira con Diciembre, y yo me esforzaba por recordar aquello. Patalarga y Henry ya habían hecho este circuito con anterioridad: se topaban con amigos a cada momento y el clima que a mí me estaba desgastando poco a poco a ellos parecía no perturbarles en absoluto. Habían vivido en la ciudad durante decenios, pero no la consideraban su hogar.

Así fue durante semanas. Por las mañanas, siempre que el tiempo lo permitiera, viajábamos hasta el siguiente pueblo en algún autobús desvencijado o en la parte de atrás de un camión atestado de patatas. Para ese entonces ya había aprendido a mascar la hoja de coca y disfrutaba de la sensación de anestesia en la cara, el cuello y el pecho. Las carreteras apenas daban el ancho de un carro de caballos. Yo me asomaba a las laderas resquebrajadas intentando pensar en otra cosa que no fuera la muerte, mientras Patalarga y Henry se recuperaban de la noche con los ojos cerrados, suspendidos en un sueño profundo y apacible. Disfrutaban. Yo, por mi parte, intentaba mantenerme con vida.

Hacia el final de la gira, llegamos a un pueblo llamado San Germán, el remoto puesto de avanzada de una compañía minera estadounidense, unas doscientas casas que parecían haber sido voladas a la ventosa cima de una montaña desolada, rodeada por tres picos aún más altos y tenebrosos. Creo que era plata lo que esa tierra escondía, pero podría ser cobre o bauxita o cualquier otra cosa; en realidad es irrelevante: todos los pueblos mineros son iguales. Son lugares aislados e implacables, situados en entornos que serían hermosos de no ser tan extremos, y los define ese tipo de privaciones humanas propias de la industria minera. En San Germán, espesas nubes se cernían justo sobre nosotros y el aire olía a metal. Nunca me he sentido tan lejos del mundo. Estábamos

a más de cuatro mil metros, y la altitud me inutilizaba. Pasé el primer día en el gélido hostel, agarrado a los lados de la cama como si estuviera montado en un vagón de montaña rusa. San Germán era un sitio pequeño y había muy poco que ver, pero Patalarga y Henry se sentaban junto a mi cama, regalándome el oído con inventadas maravillas que la ciudad ofrecía. Tienes que levantarte, me decía Patalarga, tienes que ver este sitio. Hay una réplica de las pirámides, me dijo Henry, y brillan como el oro bajo la luz del sol. Abrí los ojos y vi su aliento condensarse en una nube mientras reía. Un Arco del Triunfo en miniatura, añadió Patalarga. Cafés, bulevares sombreados de árboles, y una vida nocturna... ¡No lo creerías! Discotecas como en La Habana de Batista, como en Beirut antes de la guerra, decían. Yo no les hacía ningún caso. La habitación (mi cerebro por dentro, más bien) rebosaba del contundente fragor de sus voces. Pedí que me dejaran solo, y me obedecieron. Cuando hubieron desaparecido, pude cerrar los ojos. Permanecí inmóvil durante horas, escuchando desesperado el sonido de mi propia respiración.

Cuando mis colegas regresaron traían el carácter agrio y enojoso. Yo podía oler el barro que se agarraba a sus botas. Díselo tú. No, díselo tú. Desde mi lecho de enfermo, los oía andar de un lado para otro. Que alguien me lo diga de una puta vez, me quejé yo. Querría haber gritado pero me sentía tan débil que sonó al ruego áspero de un enfermo del corazón. Mantuve los ojos cerrados. Alguien se sentó en la cama. Hay malas noticias. Era Henry. Nuestra primera representación estaba programada para la noche siguiente, pero había surgido un problema. No había electricidad, y sin electricidad no había luz. La única disponible alimentaba las casas de los ingenieros estadounidenses, al otro lado de las minas. Deberías ver cómo viven, dijo, y describió después cómo, tras una alta alambrada, estos habían creado un facsímil del estilo de vida yanqui. Una cómoda urbanización de calles asfaltadas con campo de béisbol.

Me incorporé, tiritando bajo una docena de mantas. Sonaba bien.

—¿No tienes tú un hermano en Estados Unidos? —preguntó Patalarga.

—Sí, claro.

—¿Y juega al béisbol?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Apenas me salían las palabras. Mi hermano se había marchado de casa cuando cumplió dieciocho años, hacía casi doce, y yo tenía demasiado frío como para desperdiciar energía hurgando en mis recuerdos de infancia. Seguramente les había contado que me estaba ayudando a sacar la visa, pero yo tendía a guardarme esto para mí. Me reafirmaba a mí mismo repitiéndolo para mis adentros de cuando en cuando, un secreto que sentía dulce y cálido en los labios.

Henry estaba enfadado. Hablaba rápido y su voz destilaba rabia. Les habían prometido un lugar donde los obreros pudieran asistir a actos públicos. Los obreros, los obreros: esos hombres dignos y galantes eran la entera razón de nuestra existencia. Se suponía que íbamos a llevar a cabo dos representaciones, una por día. La representación de la tarde no se veía afectada, pero los mineros con turno de día no tendrían oportunidad de vernos. Si representábamos por la noche, sería en la oscuridad, o bien sólo para los ingenieros. Los jodidos ingenieros. El enfado de Henry iba en aumento conforme describía a un grupo de hombres que pasaban el día sobando daiquiris y descansando sólo para azotar a los nobles mineros por turnos.

Aquello sonó absolutamente feudal.

—¿De verdad son tan malos? —pregunté.

—No le hagas caso —intervino Patalarga—. Su padre era ingeniero.

—Jódete —espetó Henry frunciendo el ceño.

—Henry era la estrella del equipo de béisbol de la compañía.

—¿En serio?

—Sí, hasta que empezó a robar dinamita para regalársela a los rebeldes.

—Eso es mentira.

Ninguno de ellos respondió a mi pregunta.

Un momento después, Henry se quejaba de nuevo; en esa ocasión se golpeaba la frente con el dedo mientras hablaba. Yo me sentía como una maza que batiera el cuero de un bombo, una extraña forma de mostrar afecto, y mantuve los ojos cerrados durante todo el proceso. Hemos venido a este pueblo para nada. Nos han tomado por tontos, y Nelson va a morir en vano. En ese momento hablaban entre sí. Hemos sacrificado una joven vida —¡lo mejor que este país puede ofrecer!— y no tenemos nada con que compensarla. Y la gran tragedia es cuánto ha sufrido por su arte. ¿Qué le vamos a contar a su madre?

—Sois los dos muy graciosos —dije—. En serio.

—Te estamos haciendo un favor —respondió Henry—. ¿Cómo vas a vivir en este país sin conocer este pueblo?

Esa noche me arrastraron a las oscuras calles de San Germán, llevándome casi a cuestas. Me dolían la cabeza y el cuerpo, y la tierra se me tambaleaba bajo los pies. Caminé con el brazo echado sobre los hombros de Patalarga. Henry señalaba las tenues luces de la ladera más lejana del monte: eran las casas de los ingenieros. Tras ellas, un pico severo y amenazante se perdía entre las nubes. Contemplé el minúsculo y miserable asentamiento y me costó sentir tanta antipatía hacia los estadounidenses. La Naturaleza podría aplastarlos, y a nosotros con ellos, en un instante.

—¿Los ves? —preguntó Henry—. ¿Te lo puedes creer?

—No —dije—. No me lo puedo creer.

Yo habría preferido ser pobre en cualquier otro lugar del mundo que rico aquí.

Avanzamos penosamente por las calles embarradas. El personaje de Henry llevaba unos largos guantes blancos al principio de la obra, pero hacía tanto frío que decidió dejárselos puestos entre las representaciones. Eran finos, de satén, y seguramente no abrigaban nada, pero tenían un aspecto exquisito. Me percaté de que Patalarga lo observaba con envidia.

—Dame esos guantes —dijo por fin, señalándolos.

Henry alzó las manos, meneando sus dedos blancos y brillantes.

—¿Estos?

—Esos.

—Yo soy el presidente, así que los guantes me los pongo yo —respondió Henry.

Patalarga reflexionó durante un segundo y se volvió hacia mí.

—A éste lo encontré en un callejón a espaldas de la catedral, esnifando pegamento y quejándose de lo malo que era su papá, ¿sabes?

No dije nada, ni me solté de Patalarga. Sin él, me habría caído.

Henry no parecía estar escuchando.

—¿Quién se acuerda de eso?

—Yo me acuerdo. Perfectamente. Todos esos cambios que deseábamos... Y aún hoy el que hace de sirviente es el morenito. Y aún hoy el que muere al final es el morenito. ¿Qué te parece?

Henry se encogió de hombros.

—Es porque se te da bien —respondió.

Llegamos al único restaurante que había en San Germán —y que, por supuesto, daba a un bulevar flanqueado de árboles— y cenamos a la luz de una lámpara de queroseno unos platillos calentados en una estufa de queroseno, de manera que todo olía y sabía a ese combustible mágico. Estábamos de un ánimo amargo y desvalido. Henry y Patalarga no hablaban y a mí me costaba un enorme esfuerzo no resbalarme de la silla y caer al frío suelo de cemento. Aun así, tras la comida y un té, me sentí algo recuperado. Casi habíamos terminado cuando unos viejos mineros entraron en el local con sus cascos en la mano. Incluso en la oscuridad, Patalarga pudo reconocerlos, de sus días como organizador, y todos ellos parecían conocer al viejo Henry. Se enfrascaron en charla y, sentándose a nuestra mesa, hablaron entre dientes sobre las condiciones bajo tierra, que en cierta medida habían mejorado desde la última visita de Henry y Patalarga. Mejor ventilación, más seguridad. Turnos de diez horas, en vez de catorce.

—Pero sin electricidad.

Los mineros se encogieron de hombros. Sus rostros eran duros, templados por el clima.

—La traerán pronto y, de todos modos, la mina está bien iluminada —comentó uno de ellos. Su nombre era Ventosilla. Lo llevaba escrito en el casco, que había colocado sobre la mesa. Pulsó un interruptor y el frontal se iluminó, proyectando un vívido rodal de luz sobre la pared del restaurante. Ventosilla lo apagó y encendió unas cuantas veces, y los tres nos detuvimos a admirarlo.

Acto seguido dio unos golpecitos sobre el frontal con la uña del dedo.

—Halógeno.

—¿Y todos lleváis uno de esos? —preguntó Patalarga.

El minero asintió con la cabeza.

Y mis colegas sonrieron de oreja a oreja.

La noche siguiente pusimos en escena *El presidente idiota* dentro de una carpa hecha de mantas, a la luz de cincuenta lámparas halógenas, de otros tantos mineros. Entre el público había también niños y esposas, y hasta

unos pocos ingenieros estadounidenses que se dignaron a unirse a la fiesta. Yo me sentía mejor, aunque no yo mismo todavía, si es que eso tiene algún sentido. No me había sentido yo mismo desde que dejáramos la ciudad y su costa, desde que el autobús comenzó a escalar en dirección a las nubes, pero ese teatro artesanal, efervescente de expectación —las luces halógenas moviéndose, revoloteando por cada esquina—, era hermoso y me llenaba de esperanza. Las bambalinas no eran más que la parte posterior de la tienda, donde nos encontrábamos los tres, ateridos y nerviosos, extrañamente emocionados, asomándonos de vez en cuando para comprobar cómo la muchedumbre crecía.

Cuando la carpa estuvo repleta, entramos sin alboroto al relativo calor del escenario. La vista era sobrecogedora: una multitud sentada sobre unas chirriantes gradas; cuerpos sombríos coronados de luz; un brillante campo de estrellas destellando entre los cielos. Me giré hacia Henry y Patalarga, que se habían perdido también en su contemplación. Éste era el cielo que apenas habíamos podido ver, el cielo que los espesos nubarrones negros escondían desde hacía mes y medio. Nos presentaron al portavoz de la comunidad local, y esa noche, como todas las noches, el público jaleó cuando se pronunció en alto del nombre Diciembre, las luces de los mineros moviéndose arriba y abajo al asentir satisfechos.

Cedí la escena a mis colegas, y me senté a un lado. Comenzaron. Con hombros encogidos y el rostro roto por la preocupación, Henry imbuyó a su presidente idiota de una gravedad perturbada, como la de Nixon en sus últimos días, o la de Allende mientras contemplaba los tanques que rodeaban La Moneda. Caminaba escenario arriba y abajo, ladrando instrucciones disparatadas a su desconcertado sirviente, Patalarga (y nadie, jamás, se ha desconcertado con tanta pericia como mi amigo aquella noche). Yo me sabía la obra de memoria, así que me estuve casi todo el tiempo concentrado en las luces de los mineros. Reunidas, creaban un límpido estanque de blanco sobre el escenario, que cambiaba muy levemente de forma cuando los personajes se daban uno a otro la palabra. Cuando me puse en pie, justo antes de mi entrada, las luces abandonaron el escenario, de manera que Patalarga, quien permanecía en pie frente a mí, desapareció brevemente en una oscuridad repentina.

La penumbra, sin embargo, no podía ocultar su sonrisa.

Hacia el final de la obra, más o menos en el momento en que el presidente idiota comienza a prepararse para irse a dormir, tuvimos un tropiezo. Nos dimos cuenta enseguida. Henry intervino con su «¡Ésa es la teoría, buen señor!», una línea que normalmente arrancaba la risa, pero que en esa ocasión cayó en saco roto. Estábamos perdiendo al público: las luces se movían arriba y abajo y de lado a lado, vagando por la carpa, y en un momento nos vimos actuando entre el crepúsculo, cuando un rato antes acababa de amanecer. Nunca me había sido tan fácil captar la voluntad de una multitud, leer una reacción tan transparente e inmediata. El hecho de que las luces vacilaran nos dio energía, así que nos rehicimos, y minutos después la carpa vibraba de nuevo con las carcajadas, y el escenario refulgía como una pista de aterrizaje. Puedo decir, no sin cierto orgullo, que mis últimas líneas, las que gritaba a mi padre dormido, fueron declamadas en un escenario completamente iluminado, con toda la atención y empatía de los mineros de San Germán y sus frontales halógenos. No había telón que bajar, ni candilejas que atenuar, así que cuando la obra hubo concluido me quedé ahí de pie un segundo, bañándome en el resplandor y disfrutando.

¿Por qué no?

Unas semanas más tarde estaba de vuelta en casa. Durante los años posteriores, cuando alguna de las producciones que montábamos fracasaba, yo recordaba aquella noche. Me volvieron a invitar a una gira con Diciembre, pero más por cortesía que otra cosa. Mi vida de clase media me hacía sentir incapaz de soportar de nuevo los rigores de la carretera. Rechacé la oferta. Me iba a marchar pronto de todos modos, pensé, pero eso nunca ocurrió. Representaba con ellos ocasionalmente en teatros locales, y seguimos siendo amigos. Cuando me encontraba con Henry o Patalarga, en algún espectáculo, en un bar o en la calle, siempre nos abrazábamos, compartíamos unas risas y recordábamos con cariño aquella noche en San Germán. Yo sabía que ambos recordaban la representación tan bien como yo, aunque hubieran olvidado otros detalles —como mi nombre— y me llamaran Alejo, sin vergüenza ni disculpas. A mí no me importaba. Me caían bien. Había aprendido de ellos, y era posible que aún aprendiera más. Por supuesto, evocar San Germán era una invitación a filosofar, pero precisamente ése era el asunto. Yo escuchaba tal y como había escuchado durante ese viaje, y observaba cómo ellos hinchaban el pecho con orgullo.

Uno se las arregla, resuelve. Le das al público lo que el público te da y se lo devuelves mejorado, bruñido de amor y compromiso. Te dan luz y tú les das luz. Etcétera. Me gustaba escuchar a Henry y a Patalarga porque la gente de mi edad nunca hablaba así. Ni del teatro, ni de la política, ni siquiera del amor. Nos hacía sentir incómodos.

Pasaron los años, y llegó un día en que me vi sin trabajo y desesperado. Me había granjeado demasiadas enemistades, me había tomado las cosas demasiado a la ligera. Mi visado no llegó nunca y no podía seguir fingiendo que sería joven toda la vida. Mi hermano me llamaba de vez en cuando, pero sólo a casa de mis padres. Llegaban a pasar meses sin que supiéramos el uno del otro. Yo pasé unas semanas presentándome a castings para *talk shows*, cosa que había jurado no volver a hacer jamás: amantes desengañados, mujeriegos destrozafamilias. No obtuve ninguno de esos papeles. Me estaba arruinando. Pensé en dejar mi habitación y volver a casa de mis padres, pero la idea era demasiado humillante. Mi padre, por su parte, hacía gala de un incansable optimismo: tu hermano enviará el visado. Irás a Estados Unidos. Irás a California. Harás cine. Escríbele a tu hermano, recuérdaselo, decía, sin que yo pudiera decidirme a ello. No creo siquiera que él mismo creyera en todo eso. Aun así, me mantenía informado sobre el tiempo que hacía allá donde vivía mi hermano, como si me hiciera falta saberlo para decidir qué ropa llevar en la maleta. Hay incendios forestales en toda California, me dijo un día. Cientos.

Yo me quedaba mirándole. Aquella noche imaginé un lugar en el que nunca había estado, con cielos difuminados entre el humo pardo y rojizo, y un sol —que no era nuestro sol— ocultándose contra el escenario ceniciento de una catástrofe regional. Consideré que quizá lo que mi padre quería era quitarse de en medio. Mientras yo me preocupaba por no fallarle, él quizá esperaba sin más que me marchara y que el problema que yo le suponía cayera en manos de otra persona.

La semana siguiente tuve la oportunidad de leer el guión para un papel, corto y recurrente, en un culebrón local. Correrían seis episodios —lo cual no estaba mal— antes de que a mi personaje lo asesinaran, fuera de cámara. Se trataba de un soplón de la policía, oportunamente atormentado por la ética complicada de la traición; un hombre que vivía

en la espera constante de que sus transgresiones terminaran por costarle la vida. El nombre del personaje era, para satisfacción mía, Alejo. De repente, me sentí más seguro de lo que me había sentido en meses. Aunque este personaje y el Alejo que interpreté con Diciembre eran dos personas completamente diferentes, leer el guión fue como reencontrarse con un viejo amigo. Cómo ha cambiado este país, pensé: el hijo de un presidente es ahora un vulgar chivato, un hombre condenado a vigilarse la espalda por encima del hombro durante seis capítulos de una hora y después morir en la oscuridad, su paso a mejor vida sólo una nota al pie en un drama mucho más grande, que apenas tiene que ver con él.

Estaba tan emocionado que hablé a mis padres sobre ello. Se lo conté a mis amigos. Alejo, pensé, nos encontramos de nuevo. Incluso pensé en buscar a Henry y Patalarga, si bien no los había visto en un año o más, para que echáramos unas risas a su salud y recordáramos una vez más los días de San Germán con los mineros. Por entonces, Diciembre pasaba por un paréntesis semipermanente, y el país estaba francamente irreconocible. Era fácil pasear por las ahora bulliciosas calles de mi ciudad y preguntarse por qué en algún momento se me habría ocurrido abandonarla. Los precios del metal alcanzaban récords mundiales y los periódicos anunciaban un crecimiento del siete por ciento. Toda esa prosperidad era descorazonadora: lo único que jamás habría esperado. Todo era nuevo o estaba construyéndose, los viejos vivían más, los niños engordaban. No había vuelto a los pueblos que visité con Diciembre, aunque muchos de mis colegas sí lo habían hecho: en vacaciones, durante la estación seca, con sus esposas y niños gordos, para ver un poco del campo tal y como era. Al primer indicio de descontento, el gobierno puso en marcha una campaña televisiva en que podían verse imágenes de carreteras comarcales bloqueadas y enojados campesinos que apedreaban a la policía, y en la que la pantalla se manchaba con una sombra de rojo siniestro y familiar. La severa voz en *off* exigía a los pobres del campo que fueran buenos patriotas y que no nos echaran a perder la fiesta a los demás.

Henry y yo quedamos una tarde de invierno en un café de Asylum Downs. Era el día anterior a mi audición. Henry no tenía teléfono ni correo electrónico, le hice llegar un mensaje a través de un amigo común que vivía en su barrio. Henry parecía contento de verdad por verme, me dio un gran

abrazo y me palmeó la espalda con efusión. Nos sentamos en una mesa del interior para resguardarnos de la humedad. Era estupendo verlo (no había cambiado en absoluto), pero ¿dónde estaba Patalarga?

Henry se frotó los ojos y se alisó los espesos rizos con las palmas de las manos.

—Nuestro amigo —dijo con desconsuelo— ya no está con nosotros.

Yo me quedé pasmado. Me hundí en la silla. No podía ser.

—¿Cuándo fue? —pregunté, intentando reponerme.

Henry hundió la mirada en su taza de café.

—Hace unos nueve meses, quizá diez.

—Dios santo...

—Ya —contestó Henry, antes de echarse a reír—. El idiota se fue a vivir a Barcelona. ¡Imagínate!

—Qué imbécil eres —balbuceé.

Pero Henry se mantenía imperturbable: lo encontraba muy divertido.

—Estamos solos tú y yo, Alejito. Padre e hijo —sentenció alargándome la mano—. ¡Ríete! —ordenó—. Siempre fuiste un chico muy serio.

Lo cual era una cita de *El presidente idiota*. Estreché su mano y sonreí débilmente. La impresión se fue disipando: después de todo Patalarga estaba vivo, así que debía sentirme feliz. Dimos un sorbo al café.

En cualquier caso había otras noticias. Henry había tenido una hija que le había cambiado la vida. La veía dos o tres veces a la semana y le dedicaba todo lo que escribía.

—¿Estás escribiendo mucho, entonces? —pregunté.

—Algo —contestó Henry encogiéndose de hombros.

Le hablé de Alejo el chivato. Incluso saqué el guión y le describí el primer episodio, en el que mi personaje es sorprendido robando cables de un solar en construcción y termina acortando su condena carcelaria ofreciendo cierta información sobre una pandilla callejera local. El diálogo era bueno, duro y magnético, y yo apenas podía contener mi entusiasmo. Henry escuchaba con atención, asintiendo todo el tiempo.

—Es increíble —dijo—. ¿Lo han escrito pensando en ti?

—Ya —contesté yo—, lo parece, ¿verdad?

Después de un rato Henry dijo que quería hacerme una pregunta, pero que no me ofendiera. Me lo hizo prometer.

—Adelante.

Henry golpeteaba la mesa de madera con los dedos.

—No te lo tomes a mal, pero ¿no se suponía que te ibas a marchar?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, cuando estábamos por ahí no hablabas de otra cosa —contestó, haciendo una pausa—. Todos los días, a todas horas. Supusimos que era por la altitud. No lo aguantábamos, ni Patalarga ni yo.

—¿En serio?

Henry asintió con la cabeza.

Según el recuerdo que guardaba de aquellos dos meses en la montaña, yo apenas había hablado en esos días sobre mi marcha. Era algo que llevaba conmigo, claro está, pero lo mantenía como un consuelo privado e íntimo, como un amuleto o una moneda de la suerte. Saber que todo aquello pasaría era lo que me ayudó a superarlo.

—Aprendimos a pasar de aquello porque nos caías muy bien. En serio. Aún nos caes bien —continuó Henry, alargando un brazo por encima de la mesa para pellizcarme la mejilla—. Y, entonces, ¿por qué no te marchaste, muchacho? —añadió.

Fuera, un escuadrón de palomas había aterrizado en la mediana de cemento de la avenida, arremolinándose como un torbellino de polvo alrededor de un contenedor volcado de basura. Las miré fijamente durante un momento, admirado por su voracidad.

—Todo se puso muy bien por aquí.

—Claro, eso me imaginé —repuso Henry, asintiendo con la cabeza.

Nos despedimos en la puerta del café, sobre la ajetreada avenida. Le dejé mi dirección de correo electrónico (para Patalarga); Henry la leyó intrigado y se la metió en el bolsillo. Me deseó buena suerte y yo le prometí que le haría saber cómo me iban las cosas.

En la audición todo me salió redondo, así que quedé con optimismo a la espera de una llamada. Medía el paso del tiempo según la progresión de los incendios en el distante norte. Mi padre me ponía al día, a diario, y yo fingía escuchar. Quinientos, mil, dos mil incendios. Un mes después, todos se habían apagado y yo seguía esperando.

Traducción de Miguel Marqués.